

PUBLIKACIONES **Cinema**

ZARAH LEANDER

Mariika Rökk EN
Hans Stuwe



NOCHE
EMBRUJA

Noche Embrujada

BASADA EN LA PELICULA DEL MISMO NOMBRE

DIRIGIDA POR
CARL FRÖELICH

PRODUCCIÓN
FRIEDRICH PAUGHaupt



PELICULA



DISTRIBUIDA POR
ALIANZA CINEMATOGRAFICA ESPAÑOLA
BARCELONA MADRID
Provenza, 273 Mesonero Romanos, 2 y 4

Argumento adaptado por
PUBLICACIONES CINEMA

PRINCIPALES INTERPRETES:

ZARAH LEANDER	<i>Katja Petrovna</i>
MARIKA ROKK	<i>Nastassja</i>
HANS STUWE	<i>Peter Tschaiakowsky</i>
Aribert Wascher	<i>Murokin</i>
Leo Slezak	<i>Hunsinger</i>
Fritz Rasp	<i>Kruglykow</i>
Paul Dahlke	<i>Glikow</i>

El nombre de Peter Tschaiakowsky tiene en el mundo de los amigos de la música, una resonancia especial y única. Tan conocidas y apreciadas como son sus obras, tanta menos lo es su personalidad. Precisamente el film se ha impuesto la misión de presentar un interesante capítulo de la vida del gran compositor ruso.

EN PREPARACIÓN:

LA PENSIÓN MISTÉRIOSA, interpretado por
TOM WALLS y KENEE SAINT-CYR

TALLERES GRÁFICOS
VDA. M. BLASÍ - BARCELONA

PROHIBIDA LA
REPRODUCCIÓN

NOCHE EMBRUJADA

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

EN EL CLUB ARISTOCRATA DE MOSCÚ

Año 1865. Moscú, la antigua capital de Rusia, a orilla del Moscowa, en cuyo centro se alza el Kremlin, antigua residencia de los zares, ardía en fiestas palatinas y espectaculares en las cuales se daban cita lo más granado de la aristocracia y el elemento militar. Los grandes salones particulares se vaciaban para acudir a las fiestas aristocráticas del Club, donde, alternando con los pasos de baile se daban audiciones de canto y de música selecta por artistas profesionales y aficionados. El esplendor de tales fiestas era la llama viviva que iluminaba la ciudad con los reflejos de su magnificencia. Tener entrada en el Club Aristócrata de Moscú era un signo de distinción de la sangre o del talento. Con la elegancia y esplendor de los trajes femeninos alternaban la vistosidad de los uniformes militares y las levitas de los caballeros. Aparte los que por derecho propio, por su linaje y su alcurnia, tenían derecho a la entrada en el Club, éste se veía frecuentado también por diferentes elementos del arte: músicos, pintores, profesores, periodistas y, en fin, todo aquel que en la gran ciudad se destacaba por su dinero o por su talento. Por tal motivo las fiestas del Club tenían ese realce único que da vida y prestigio a toda una época.

Las fiestas de los carnavales estaban en su apogeo. El Club celebraba las suyas con sus brillantes bailes de máscaras, que cobraban una esplendorosa inusitada. La diosa locura invitaba a penetrar en ellos para lanzarse en su torbellino a olvidar entre los brazos de su respectiva pareja las graves o ligeras preocupaciones del vivir.

Pero dejemos, por un momento, el Club en fiestas y trasladémonos a otra parte de la ciudad.

En el estudio del profesor Hunsiguer, viejo maestro de música alemán, desparte con él amablemente su querida discípula Catalina, Katja Petrovna. Es esta una mujer relativamente joven, de una belleza clásica y serena. Katja, como así la llamaban desde joven, había seguido desde su primera juventud una curia inclinada hacia otro discípulo del profesor Hunsiguer: el estudiante de música Peter Tschalkowsky. Un enraizado amor para ambas dimensiones no eran bastante fuertes los corazones de los dos enamorados. La bella Katja no encuentra una decisión entre su matrimonio al lado del esposo a quien no ama, el rico y celoso Murákin, y su apasionado amor hacia Tschalkowsky. El secreto de este amor no lo conoce más que Hunsiguer: al cual ella veía una confidencia como maestro y como padre. El ha presenciado muchas veces, pero ella ha contestado invariablemente:

—El amor queda.

Ante tal decisión, se ha rendido el profesor confesándose a su vez:

—Sí, Katja. El se quedará siempre.

Por ella, en este día, mandó a llamar a su estudio para enseñarle la única canción que Peter había compuesto desde su separación y para darle una sorpresa.

—Peter no trabaja desde que tú le marchaste de su lado — le dice el profesor.

A lo que objeta ella:

—¿Cómo si fuese más la culpa?

Culpa... Esta es una palabra para jueces... y yo soy vuestro profesor y os quiero tanto que a veces creo ser vuestro padre. Recuerdo cuando estudiabais juntos.

—¡Oh! ¡Hace tanto tiempo de eso! — ataja ella sin dejarla acabar la frase. Y tendiéndole la mano, como dispuesta a partir amada: — Bueno, querido profesor, Tanto que volver a Catalina. Hasta otro día y vaya a distancias. Pero el buen profesor insiste:

—Acabará mal, Katja. No hay nadie que te juzgue aquí en Moscú. Ocupa un cuarto sereno, silencioso y no tiene alientos para nada. Debes hablarle, decirle que tienes fe en él, como entonces. ¡Quieres hacerlo, Katja! Hay mismo?

—¡Hoy...!

—Sí. Esta es la sorpresa que te tenía reservada y por eso principalmente te mande llamar. Esta noche en el baile del Club Aristócrata se dará una de sus valses. Peter ha prometido asistir. ¡Quieres que vayamos tú y yo...?

—No... Esto es imposible. Podrían reconocirme...

—Nadie se reconocerá en un baile de máscaras.

—¿Y al mi marido se enterará?

—Tu marido está en Odessa y Odessa está muy lejos.

En el Club Aristócrata de Moscú se celebra un baile de trajes. A aquella hora, poco menos de la media noche, la gran sala brilla en todo su esplendor. Balumbren en oro y negro las columnatas y escalinatas, sobre las que se precipitan las máscaras. Gigantescos frontales recubiertos de espejos adornan a las paredes, con preciosos gobelins, reflejan en centuplicado aumento el solenne y festivo cuadro de las bailarinas; al fondo, frente a la orquesta, se ha levantado un pequeño escenario; y a ambos lados de la sala quedan los enormes palcos alumbrados por opacos y discretos luz.

Sobre las tablas del escenario unas parejas de profesionales están bailando una taratola napolitana con gran revuelo de paanderías. Por el amplio salón una multitud brillante, alceada y heterogénea discute a su sabor. Terminó el número en el escenario y va a empezar el baile en la pista. La bailarina Nastaseja se ha propuesto que en la fiesta se toque por vez primera un vals de Peter Tschalkowsky, a quien ama y cuyos sencillos nadie quiere imprimir ni interpretar. Ella se propone bailar dicho vals y hacer celebre a Peter. Así se lo comunica a Tsykov, el más acreditado de los editores de música de la capital, concurrente del Club y el más interesado en que se popularicen las composiciones musicales, pues eso repercute en la venta de las mismas; por lo que le contesta, interesándose:

—¡Ah! El muchacho le puede estar agradecido. Si no lo bailase usted, seguramente no tocarían ese vals.

Pero ella apenas ha escuchado la contestación, pues ha distinguido a Peter entre la concurrencia y se apresura a comenzar su número para que él pueda verla.

—¡Oh! ¡Allí está!

Entonces ya puede empezar.

Mientras se desarrollaba la anterior escena, en uno de los palcos han aparecido dos nuevos personajes. Son éstos Katja y el profesor Hunsiguer. Este, al fin, la pudo convencer y ahora se encuentra Katja en un rincón del palco asistiendo la sala con vivas muestras de inquietud. Des-

pueda de un serio silencio, pregunta a su profesor:

—¿Está usted seguro de que estará?

—¿Seguro...? Con él no hay ninguna seguridad; pero déjese de estar.

—Pues no le vea.

—Quizás se encuentre oculto detrás de alguna columna.

Katja, viendo inútil sus pesquisas, le ruega:

—Déjenos usted marchar, profesor.

A lo que le replica este, mirándola de hito en hito:

—¿Y si yo te dejara, te marcharías...?

Amase han comovido porque en aquel momento la orquesta preludia un vals, y aparece en la pista la grácil figura de la bailarina Nastaseja. Al conjuro musical de los violines la artista desgrana su baile de una manera impecable. Sus piernas trenzan caprichosos arabescos mientras levanta sus brazos desmenuados al aire como en adoración. Salta de aquí a allá con leves saltos de mariposa. Gira, ondula el cuerpo como una serpiente y luego se levanta rígida sobre la punta de sus pies. Parece que le harán brotado alas. Sus pequeños músculos en tensión se avivan y ensanchan a cada esfuerzo que hace la artista para una nueva figura de baile. Ora camina ingrátida por el piso encerado. Ora extiende las manos como suplicando una caricia, terminando la danza con un gracioso saludo de cabecera y una leve sonrisa en sus labios de artista satisfecha y agitada.

Una explosión de aplausos corona la labor de la bailarina, que una vez terminado su número y sin atender a las innumerales felicitaciones que iba recibiendo a su paso, se dirige presurosa donde se halla Tchaikowsky para preguntarle:

—¿Peter, qué cara pones! ¿Es que no te ha gustado?

—Sí — contesta él en tono compungido.

—¡Oh! ¡Alégrate! Ha sido un gran éxito. No desesperes. Yo haré que adquieras fama. Sé bueno, Peter. Te aseguro que ha sido una verdadera obra de romano imponerle al viejo tu vals. Pero yo se lo he dicho: O aquí se toca hoy el vals de Tchaikowsky, o cuente con que yo no bailaré.

—Muy bien, Nastaseja; lo interpretaste muy bien.

—¿Qué viene...? Peter... Peter...

Pero no pudo continuar porque en aquel momento se había dirigido a ella Krugizow —un crítico musical, tan cruel como ovidioso—, para felicitarla:

Nastaseja, mi admiración y mi adoración. Ha estado magnífica. La hemos seguido a usted como la cola sigue al cometa.

Por otra parte, Peter había sido aborrido por su antiguo profesor y amigo Hansgert, que había desordenado de su palco para aborrecerlo. Aborrecidamente y con claro motivo de inteligencia se dirigió a él para decirle:

—¡Ah! ¡Mi querido Peter! ¡Déja que te abraze tu viejo profesor! Tengo que felicitarte.

—¿Por qué...? — replicó éste a su vez, algo abrumado por aquellas muestras de afecto.

—Por... tu frac. ¡Te senta magníficamente! — y apretándole contra su pecho lo deslizó en la mano un papel enrollado, mientras le decía: —¡Has conseguido algo maravilloso! ¡Estoy orgulloso de ti!

—Gracias, maestro, gracias.

Una vez que se hubo retirado Hansgert, Peter desdobló el papel. En él, escrito con trémulas nerviosas, leyó lo siguiente: «Katja, Palco 3».

Rápidamente se encaminó hacia la escalera que conduce a los palcos. Torció a su izquierda y se adentró por un pasillo hasta enfrentarse con una puerta señalada con el número 3. Llamó con los nudillos y una voz femenina contestó:

—Adelante.

Era la voz de Katja, que a él le repercutió en lo más profundo de su corazón. Con mano temblorosa empujó la puerta y se encontró con ella que le aguardaba sentada en un rincón del antepalco. A la débil luz de una lamparilla la reconoció. Era ella, ¡ella! ¡La muy acuada! Enático, balbuciente ante aquella mujer que constituirá el más bello ideal de su vida, sus labios trémulos pronunciaron el nombre adorado:

—Catalina... ¡Katja...! ¿Eres tú...?

—Sí, querido Peter. Soy yo.

—¿Tú en Moscú...? ¿Sabías que yo estaba aquí?

—Sí. ¿No quieres sentarte...? ¿Qué tal te va?

—Bien... Me va bien.

—¿Has compuesto algo nuevo?

—Esto que acaban de ejecutar. La orquesta ha querido hoy hacerme el honor de estrenar dos de mis vals.

—¿Ninguna canción?

—Sí, pero para ti.

Y seguía mirando embolesado, con ojos febriles, avivados por la emoción de aquellos instantes de felicidad. Luego repuso:

—¿Qué hermanas están? Muchas más hermosas que antes... ¿Vives en Moscú?

—No; en Gatschina. En trécho emplearía una hora larga hasta llegar a la ciudad. Pero, nosotros...

—Nosotros... ¿Por qué le callas...? ¿Crees tú que no me lo han dicho todo? No conozco a la gente... Supo hasta el día en que celebraste tu boda.

Mientras en el palco tenía lugar la escena descrita, el bueno de Hunsinger pugnaba con el editor de música en un ángulo de la sala de baile.

—Amigo Glykof, usted que es un hombre inteligente, ¿por qué no ayuda a Tschalkowsky? Imprima usted sus obras. Le aseguro que lo merece.

—Sí, sí... ¿Y con esto yo que voy ganando...? ¡Ni un rublo!

—Tenga en cuenta que el muchacho es un genio. El que consigue imponer un genio al mundo alcanza honor y fama.

—Tú eres un alemán, hermanito — le replica Glykof.

—Gracias a Dios, pero yo creo que es usted su amigo.

—Un genio —contesta el editor para acabar— no necesita de ningún amigo. Necesita un mecenas... Trálgame usted dinero y yo imprimiré sus obras y le haré tan famoso como usted quiera.

—Dinero. ¡Siempre el dinero!

Nastassja, que después de su baile había corrido al cuarto a cambiarse de indumentaria, regresa a la sala y busca con ojos avizores a Peter. La orquesta da comienzo a un nuevo baile y a poco descienden por la escalera de los palcos Peter y Katja, esta cubierta con un estífar. Al verla, el estapor de la bailarina no tiene límites. El crítico musical, que lo ha observado, se acerca a ella para invitarla a bailar. Ella no le hace caso. Sus ojos se han clavado en Peter y su pareja e, inconscientemente, le pregunta a Kruglykov:

—¿Esa mujer, quién es?

—¿Qué puede importarle a usted la mujer que baila con Tschalkowsky? Vámonos. ¿Por qué se preocupa tanto de él? Si es un musiquillo que ni siquiera sabe composición.

—No obstante, yo sólo puedo bailar con su música.

—Si entendiese algo del oficio, le aseguro a usted que no se vería tan alienado.

—Y ella no se avergüenza de bailar con él... ¿Sabe usted quién es?

—Ni me interesa. Yo, en cambio, soy el primer crítico musical de Moscú.

A estas palabras, que han sido oídas por Hunsinger al pasar, éste le contesta:



— ¿Dónde has estado? ¿De dónde vienes? — le preguntó Murshin a su mujer.



Sus dedos largos y afilados posaban con nerviosidad sobre las blancas teclas del piano...

—Usted es un pedante. ¡En pantorrillas quizá entienda demasiado, pero de música no entiende una palabra!

Katja que ha observado la curiosidad que sobre ella ha despertado en algunos concurrentes, dice al oído de Peter:

—Todos nos están mirando. No debía de haber venido.

—Tenías que venir. Alguna vez tenía que ser. — Y bajando la voz, en un susurro, mientras la estrechaba en sus brazos al compás de las notas del baile, le murmurándole:

—Katja, Yo siento ahora en mi espíritu... la música que escribiré para ti... Canciones, aires, corales. Toda la belleza que habrá en ella armonizará con la tuya y cada canción te agradecerá que tú vivas.

—Peter. No olvides nunca esta hora.

En esta hora ni el embrujo de esta noche, nunca los olvidaré, Katja querida. ¡Nunca, nunca...!

CAMINO DE LA FAMA

Antes de que terminara el baile en el Club, Hansgner recomendó a Katja la conveniencia de retirarse. Ambos salieron de la sala y tomaron un coche. La noche estaba fría. Serenos sopos de nieve cubrían la carrera hasta el estudio del profesor. Durante el trayecto este mostrase preocupado. Para disimular su inquietud dijo a ella, señalando el cristal del coche:

—Está clara la noche, pero fría.

—¿Fría? ¿Es esto lo que le preocupa, maestro?

—No. He visto a tu marido.

—¿A Markini?

—Te aseguro que me llevé un susto de muerte cuando le vi pasearse por el salón de baile. Esta ha sido la causa de nuestra repentina fuga.

—¿Le vió a usted?

—Sí. Y hablé con él. Para disimular mi fuga contigo, le prometí una visita para mañana. Después salimos tú y yo.

—Espero que no me reconociera.

—No sé. Supongo que no.

Subieron al estudio. Ambos iban preocupados. No obstante aún tuvo animos el profesor para hacerle escuchar a Katja una nueva canción que Peter había compuesto. Se titulaba ésta «Volverás a mí», y era de una cadencia y una melodia maravillosa. Se trataba de una romanza cuyo ritornello decía así:

Aunque el mundo te aleje de mi lado,
volverás a mí
A pesar de lo triste de mi hado,
volverás a mí
Sueño de mi vida,
Mi única ilusión,
Siempre en ti creí.
Y aún conservo la fe que algún día
volverás a mí

Katja seguía arrebatada las notas de la canción, que repetían en su alma. Una vez terminada de ejecutar, Hunsinger le preguntó:

—¿Qué te ha parecido la canción?

—Muy bella.

—Pero en su belleza no creará ningún editor ni los agentes que organizan conciertos. Solo hacen caso del dinero.

—Y a nosotros... la riqueza nos abruma —musitó Katja—. Oiga maestro: yo le facilitaré el dinero para que esta canción y todas las obras de Peter se editen, ¿quiere...?

—¿Cómo me ha de querer, si esto puede constituir el camino de la fama de nuestro querido Tschaiowsky?

—Yo me encargo de ella. Algún día escuchará el mundo sus canciones.

—Y tú sentirás el orgullo de haberla ayudado.

—Pero Peter no ha de saberlo nunca.

—Ni nadie. De eso ni una palabra.

—Mientras estoy junto a mi marido, tengo todo el dinero que quiero. Nunca me pregunta en qué lo gasto.

—Magnífico. Tú serás el banquero. Tú pagarás, y su editor no conseguirá aclarar nunca de dónde viene tanta bendición. Por pura presunción dirá que el dinero es suyo y dándosele de protector se quedará tan satisfecho.

—¡Ah, qué dichosa soy...! ¿Cuándo podré ver a Peter?

—Puesto que mañana he prometido visitar a tu marido, podrás adelantarme algo para el editor. Luego iremos a dar la noticia a Peter.

—Bien pensado. Hasta mañana, profesor.

El coche aguardaba en la calle. Katja se apesentó en él, no sin antes ordenar al auriga:

—Rápido. A Gatschina. Castillo Murakin.

El trayecto que media de Moscú a Gatschina, Katja lo pasó en un completo delirio de romanticismo. Recordó la bohemia feliz junto al amado que pugnaba por abrirse paso en el mundo de la música. Sus noches de ensueño

en que se sentía feliz escuchando los arrebatos amorosos de Tschaiowsky. Luego la dura realidad vino a encadenarla con un hombre rico a quien no consiguió amar jamás aunque le respetara. Resuelta en su castillo de Gatschina, junto a Murakin, creyó por un momento hallar la paz y el olvido; pero la realidad le hizo ver cuán fútiles eran estos deseos. Sus visitas al estudio de Hunsinger, cuya escuela de canto no había querido abandonar, avivó de nuevo en su corazón el recuerdo del amante infiel y abandonado. La entrevista tenida con él aquella noche acabó de convencerla de que el olvido era imposible. Ahora, lo menos que podía ella hacer era ayudarlo en sus ansias de triunfo. Y ella lo haría de una manera desinteresada, como pago a su ingratitude.

El coche había llegado al castillo. Penetró en él silenciosamente, pero le dio un sobresalto al descubrir luz en la estancia. Murakin, su marido, la estaba aguardando. Frente a aquel hombre frío, de rostro impenetrable y ojos escrutadores, ella se sentía desfallecer. No obstante, aparentó indiferencia y saludó en un tono que quería ser natural:

—Buenas noches, Miguel. ¿Me has estado esperando...? ¡Oh! Qué frío hace. Si hubiese sabido que estabas aquí, hubiese venido antes... He encontrado conocidos. ¿Sabes...? Estuve en el baile del Club. Y he bailado. Supongo que no te sabrá mal, ¿verdad? ¡Tan alegre! ¿Por qué no habías...? Ya sé que también has estado tú... Precisamente yo había sabido un momento... y cuando volví... ya te habías ido. Estaba con unos amigos de Petersburgo. Ha sido tiempo que no los había visto.

—¡Ni los volverás a ver! —dijo él por toda contestación.

A la mañana siguiente, como le había prometido, el profesor Hunsinger se personó en el castillo de Gatschina para visitar a Murakin. Fue recibido por éste con su acostumbrada seriedad, no exenta de cortesía. También Katja se había levantado y se encontraba al lado de su esposo en aquellos momentos. Después de los saludos de rigor, y como Murakin observara que el profesor venía tambaleando, preguntó:

—¿Qué le pasa?

—Nada, señor, que hace un frío del diablo. Afuera no hay quien pare.

—Allí hay té caliente. Puede tomarse una taza.

—¿Té caliente...? No vendrá mal.

—Katja —ordenó Murakin a su mujer—, dale una taza de té al profesor. Tiene frío.

Mientras ella servía el té a su viejo maestro, Murakin iba observándole de soslayo. Poca confianza le había inspirado siempre aquel profesor, y menos después de la entrevista de la última noche, sospechando que no era ajeno a la asistencia de su mujer al baile del Club. Desde luego, él no reconoció a Katja en la enmascarada que daba el brazo a Hunsinger al salir éstos del baile, pero por algunas conversaciones imprudentes recogidas al pasar y las miradas de inteligencia que al verle se daban varios de los allí reunidos, pudo colegir algo que le afectaba muy directamente.

Una vez desgloriada la taza de té, el profesor se despidió de los esposos Murakin. Ha logrado lo que se proponía. Katja, a pesar de la vigilancia constante de su marido, ha tenido oportunidad de cumplir su palabra y Hunsinger se retiró satisfecho, sino por la uxorizada desconfianza de aquel hombre de café duro y mirada torva, por la sagacidad, entereza y disimulo con que su querida discípula ha sabido salvar la situación cumpliendo lo prometido.

Hunsinger sin perder un momento se dirige a casa del editor de música, al cual entera de los deseos de Katja. Esta, por mediación del editor, transferirá mil rublos mensuales a Peter y se encargará de la edición de sus obras. De esta manera Tschalkowsky se hará célebre y Glykow cobrará sus buenas comisiones por su trabajo de imprenta y comisión. Desde luego, esto ha de quedar en el mayor secreto por parte de ellos; de otra manera, Peter no lo consentiría.

Arreglados los términos del contrato, ambos se dirigen a la misera habitación que Tschalkowsky tiene alquilada en uno de los arrabales de Moscú. Glykow está contentísimo, pues además de un buen negocio, aquella combinación que le ha deparado el viejo profesor le presentará a él como editor altruista y mecenas desinteresado.

En la habitación de Peter éste se hallaba todavía durmiendo; soñando, acaso, más que en el triunfo conseguido con el estreno de sus dos valses, en la ventura gozada la noche anterior, sosteniendo en sus brazos el divino cuerpo de Katja, la muy amada...

Stepan, su fiel mujik, se entretenía ordenando la habitación cuando hizo su entrada tempestuosamente la joven bailarina Nastassja, la cual abriendo la ventana de par en par, se dirigió al lecho del durmiente;

—¡Peter! ¡Que son las doce del día! ¡Anda, levántate! —Dejame. Estoy cansado.

—¡Sí, sí! ¡Eso ocurre cuando se pasa la noche de juerga! —Y mirándole fijamente, le hizo un mohín gracioso mientras proseguía: —¿Qué feo eres...! Ni una sola vez bailaste conmigo... pero en cambio te fuiste con ella... Eso, sí... ¿En dónde habéis estado...?

No le dio tiempo a contestarla porque Stepan se acercó a ellos avisándole la llegada de dos señores; a lo que respondió Peter malhumorado:

—¡Échales a los dos!

Pero en aquel momento traspicaron en la habitación el profesor en compañía de Glykow. Hunsinger, que había oído las últimas palabras de Peter, le recriminó:

—¿Quieres echar a la sueta, Tschalkowsky...?

Glykow, al que había puesto de buen humor la perspectiva de su negocio, saludó a la bailarina y al mujik con estas palabras:

—¡Beso su manita, Nastassja Petrowa. Stepan, hueles a vodka, ¿has bebido?

—Excelencia, hay que tomar vodka cuando lo permiten nuestros medios.

—Bueno. Pero no te excedas. —Y señalando el lecho de Peter, le preguntó: —¿Todavía duermes...?

—En seguida se despertará.

Efectivamente, Peter se incorporó en la cama, y sin darle tiempo a saludarles, el editor se encará ante él y le espetó en tono trunfante:

—¡Peter Tschalkowsky, he decidido hacerle a usted famoso!

El músico se restregó los ojos y le contestó a su vez:

—¿Se ha vuelto usted loco...? Tenía mis sospechas.

A lo que arguyó Hunsinger:

—Yo también; pero te aseguro que ahora va de veras. Glykow, inevitable, prosiguió su discurso:

—Oírme, Peter Tschalkowsky: usted no hará otra cosa que componer música.

—¿Y de qué voy a vivir?

—¡Pues de mi dinero! Yo le pagaré a usted mil rublos mensualmente.

Nastassja, llena de asombro, no pudo contenerse y exclamó:

—¡Mil rublos...! ¡Stepan, dame un vodka, que me desmaye!

—No queda vodka, señorita —contestó el mujik.

A Peter, todo aquello antojábase una pesadilla o una broma de mal género; así que rechazándose, se encerró con el editor y le preguntó:

—¿Y qué quiere de mí?

—Primamente, que se haga usted un frac nuevo. No sea cosa absurda que lleveis ancha. Y con ese frac dará usted sus conciertos para que todos los críticos que polían por Moscú se enteren de una vez quién es Peter Tchaikowsky.

—¿Y el concierto y el frac, quién los pagará?

—Ya Ivan Casrowitch Glykow, su acreedor; no, su admirador, su bienhechor; tú, tú; tu mejor amigo; también tu amigo. ¡Permítame ahora que te hable! Será un honor para mí. ¡No puedes negarme la amistad!

Peter seguía restregándose los ojos. No podía concebir realidad a lo que estaba escuchando. ¡El más famoso editor de música de Moscú solicitando sus obras! ¡Brindándole la oportunidad de dar conciertos! ¡Dar a conocer su nombre al mundo entero! ¡No era posible! ¡No era posible! Bajó la cabeza bajo el peso de tanta dicha y sus párpados se humedecieron.

El viejo profesor intervino cariñosamente:

—Bueno, Peter; supongo que ya podremos alegrarnos, ¿verdad?

—¡Dios mío! ¿Cómo puedo estar alegre si esto me parece un sueño!

—Es el camino de la fama a la cual tienes derecho.

—¡Gracias, amigos míos, gracias!

Nastassja en un arrebufo de alegría se sentó a los pies de la cama y palmeando entusiasmada exclamó:

—¡Ah, Peter! ¡Por fin vas a dar un concierto! Y yo te aplaudiré a rabiar con los pies y con las manos.

AMOR Y SACRIFICIO

El sueño se iba convirtiendo en realidad. Bajo los auspicios de la protección ofrecida por el editor, Tchaikowsky púsose a trabajar con verdadero ahínco. Los días y las noches enteras se las pasaba junto al piano componiendo música y más música. En su frente brillaban composiciones musicales de todos los estilos. Sus dedos largos y afilados posábanse con nerviosidad sobre las blancas teclas del piano y de él emanaban voces melódicas que, a su conjuro, se

convertían en canciones, cuartetos, conciertos de piano y sonatas. Música lírica de un amplio arco sentimental, con tensiones pasionales y erupciones de un cast salvajismo asiático. Romanzas melancólicas que encanta y entristecen al propio tiempo. Canciones juguetonas, hermosos valses, música de ballet, sinfonías...

Se había trasladado a otro departamento de la ciudad y ahora su estudio era claro y reconfortante. Tenía satisfechas sus necesidades; vestía bien, apañaba... Stepan se acompañaba a todas partes. Más fiel que un perro, le ayudaba, le servía y se enorgullecía de los progresos de su amo. También tomaba parte en sus alegrías la gentil Nastassja; dulce, buena y bulliciosa, que le acompañaba con su conversación y la ingenuidad de sus ideas, algo primarias, es cierto, pero llenas de buena fe y de admiración por el gran compositor que se iba revelando y por el hombre, que ella quería por encima de todas las cosas, incluso por encima del amor, de la música y del baile.

La vida de Peter iba desgranándose feliz ante la realidad de sus ensueños. Sus obras iban editándose y sus composiciones musicales eran incluidas en los repertorios de las mejores orquestas. Se sentía feliz. No fallaba otra cosa a su felicidad que ser correspondido plenamente por el amor de Katja... Es cierto que en sus egoístas afanes de triunfo la tenía un poco olvidada; pero ahora que su nombre empezaba a ser conocido y sus obras solicitadas volvía a pensar en ella y consideraba su posesión como la meta ideal de su ambición y de sus triunfos.

Después de unas audiciones de menor importancia Glykow, como le tenía prometido, le proporcionó un contrato para tres conciertos en la Sociedad Musical. Esto colmó los anhelos de Tchaikowsky y proporcionó una alegría infinita a su viejo profesor Hunsinger. Actuar en aquella sala, donde concurría la más selecta de la aristocracia de Moscú, constituía un timbre de honor para su discípulo preferido; triunfar allí era triunfar en toda la ciudad, en Rusia entera, en toda Europa. También Stepan y la bella Nastassja participaban de aquella alegría y todos se prometían con aquellos conciertos la coronación definitiva y el premio merecido a los afanes del joven músico y compositor.

La ciudad apareció aquella mañana engalanada con unos carteles que ostentaban en lugar preferente el nombre de Peter Ilitch Tchaikowsky. Lo más destacado del mundo elegante y musical de Moscú se preparaban para asistir

al concierto. La prensa había anunciado la revelación de un nuevo compositor y concertista y en las taquillas del teatro ya no quedaban localidades para aquella noche.

Murakin descontento y receloso, se había hecho reservar dos buenas entradas. Quería asistir con su esposa y ver el efecto que a esta le producía la presencia de Peter en el escenario. Alguien le había enterado del encuentro de ella con el músico en el Club y desde entonces la hace vigilar en todo momento. Pero nada pudo averiguar. Hoy la ocasión se mostraba propicia y quería aprovecharla.

Sobre la mesa de su despacho había dejado las cartulinas. Katja las divisó mientras le servía el té.

—¿De quién son estas entradas?

—Mías.

—¿Las has comprado tú?

—¿Por qué no...? He creído que te proporcionaría una alegría. Están despachadas todas las localidades.

—Tres conciertos de la Sociedad Musical... ¿Te interesa a ti esto?

—Quizás te interese a ti. El programa está encima del piano.

Katja, displicente, se dirigió hacia el mueble. Allí estaba el programa de los conciertos, que procuró leer ocultando su curiosidad y su emoción. Murakin iba observando sus impresiones. Luego le preguntó:

—¿Te gusta el programa?

—No conozco estas obras.

—Entonces, las conoceremos juntos.

La gran sala de la Sociedad Musical se hallaba repleta de público. El calor era agobiante. Todas las butacas se hallaban ocupadas. En dos de ellas, Murakin y su esposa escuchaban el concierto, que ya tocaba a su fin, con impresión bastante distinta entre ambos. En otro lugar, apartados, el viejo profesor y la bailarina saboreaban enternecidos el triunfo de su amigo. También entre los concurrentes estaba el crítico Kruglykow, el cual, bilioso y morfiac, como de costumbre, daba su opinión a un corro de oyentes:

—Esa musiquilla es de lo más vulgar que he oído oír.

Pero nadie le hizo caso, y una salva de aplausos coronó la labor del concertante. No obstante, Murakin, había escuchado las palabras dichas en alta voz por Kruglykow y las tenía muy en cuenta. El concierto había terminado. Murakin se dirigió a su esposa:

—¿Qué te ha gustado?

—Mucho, sí.

—Pues no parece que todos compartan tu opinión.

—Cada uno es dueño de opinar como mejor le parece.

—Puesto que se trata de un discípulo mío, ¿y si fueras a darle a su camerino...? En situaciones así es cuando se aprecia la amistad.

—¿A ti te parece...?

—¿Por qué no...? Mientras, fumaré un cigarrillo.

—Bien, puesto que tú lo quieres... Levantóse y se dirigió con paso firme pasillo adelante hacia el camerino del artista.

Sólo en su camerino, Tschakowsky gozaba las dulces emociones del triunfo de aquella noche. Los aplausos, las parabienes, las alabanzas que había recibido durante los intervalos de ejecución a ejecución de todo su programa, tuvieron un digno remate al final del concierto con las calurosas felicitaciones que le habían prodigado personalmente cuantos se hallaban entre bastidores. Todos se disputaban el honor de darle la mano, de abrazarlo. Estrujado materialmente por tantos admiradores, al fin pudo desasirse de ellos y retirarse a su camerino, en uno de cuyos divanes se dejó caer abrumado y perseguido por el peso de su triunfo. ¡Al fin había visto realizada su ambición de dar unos conciertos en la mejor sala musical de Moscú! ¡Al fin su labor callada de tantos años iba a tener su recompensa en la fama que le proporcionaría el éxito obtenido! Pero... para llegar a ella, cuántos afanes, cuántos sinsabores había padecido...! De sus cavilaciones vino a sacarle unas golpes dados con los nudillos a la puerta de su camerino.

—¡Adelante! — contestó algo malhumorado Peter por la intrusión inoportuna que venía a sacarle de su ensimismamiento.

La puerta giró sobre sus gaxnes lentamente y en su marco apareció Katja Petrovna.

—¡Katja! — exclamó Peter levantándose sorprendido.

—¿No me esperabas, Peter...? ¿Cómo podía faltar a esa fiesta?

—¡Qué buena eres...! ¿Pero, no te sientas?

Katja se sentó, algo trémula, al lado del artista umado. Luego repuso, dándole la mano que él besaba febrilmente:

—Te felicito. Ese concierto ha sido maravilloso.

—¿Te ha gustado? ¿Estás contenta...?

—Contenta por ti. ¿Lo estás tú también?

—¡Figúrate...! ¡No puedes imaginarte lo que esto representa para mí! Ver convertido en realidad lo que tantos

veces había soñado. Este concierto ha sido como un regalo llovido del cielo. Y no erras que esto es todo. Glykow me ha prometido que ahora todo irá bien. Empezarán las excursiones, el trabajo, los viajes, los éxitos. ¡Y qué sé yo cuántas cosas más!

—Me alegro tanto por ti, Peter.

—¿Te alegras...? ¿Es esto todo...? Ella bajó la cabeza; el segundito habiéndole con una locuacidad desbordante. — Debes comprender, Katja, que ahora todo ha cambiado. Glykow me da mil rublos al mes para que pueda trabajar con independencia. ¡Al fin nos acompaña la suerte!

—¿La suerte? — murmuró Katja.

—Y podremos vivir nuestras vidas. Estar siempre juntos. Siempre conmigo, siempre, Katja!

A ella se le humedecieron los ojos y se acurrucó en los brazos de él. Con voz entrecortada, que más bien era un sollozo, exclamó:

—¡Oh! ¡Esto es horrible...!

—¡Horrible...? ¿Por qué?

—¡Porque no es posible, Peter!

—De ti depende. Si le dices a tu marido que me quito, tendrá que dejarte en libertad. Si no te atreves, se lo pediré yo misma.

—¡Oh! No, no. ¡Imposible!

—Pero, ¿por qué imposible...? ¡Contesta, Katja! — y le zarandea los brazos, exigiendo una exclamación o alguna negativa. A ella los sollozos no la dejaban articular palabra. El proseguía tenaz: —Si de verdad me quieres, ¿quién se va a oponer a que salgamos de aquí y te quedes para siempre conmigo...?

—Mi marido.

—¿Tu marido...!

—Sí. Me espera afuera.

—Pero... ¿has venido con él? — preguntó Peter, indignado y lleno de asombro. — ¿Ha sido capaz de acompañarte...?

—Sí. Y me aconsejó que pasara a verte.

—¡Ah! — rugió Peter, desasosegado de ella. — Ya lo comprendo todo. Estás de acuerdo para burlarme de mí. ¡Vete con él! ¡Vete!

—¡Peter! — dijo ella, levantándose, afligida y dirigiéndose a la puerta del camarino. — Te he querido siempre. ¡Te querré siempre! Algún día te comprenderé.

Más él, impertérrito, le señalaba la puerta.

—¡Vete! ¡Vete con tu marido!

—Adiós, amor mío. ¡No me olvides...! — Y desapareció por el pasillo.

Peter cerró la puerta y se dejó caer en una silla anonadado, exclamando entre sí:

—¡Cuánta mentira...! ¡Mentira el amor! ¡Mentira los juramentos! ¡Mentira las mujeres...! Sólo existe una verdad: ¡el arte! — Y, levantando los brazos al techo de la habitación, proseguía: — Gracias, Dios mío, por haberme deparado el consuelo del único amor que no miente: ¡la música! A su devoción he de consagrar de hoy en adelante todos mis esfuerzos; todas mis ambiciones; todas mis esperanzas; todos mis amores. ¡Gracias! ¡Gracias!

La sala de conciertos se había vaciado por completo y estaba en penumbra. Los concurrentes que no se habían ausentado al terminar la función, pasaron al salón de té. Murakin, poseído de arriba a abajo, seguía fumando nerviosamente cigarro tras cigarro. En una de sus paseos tropezó con el profesor Hunsinger, al saludo del cual contestó con un movimiento leve de cabeza; pero el profesor, entusiasmado y loco, se dirigió a él:

—¡Oh, señor Murakin! ¿Qué le ha parecido el concierto...?

—¡Pech!

Una noche triunfal. ¿No es cierto...? Quizá no todos le han sabido comprender, pero ha sido una cosa magnífica. Un genio no puede pedir más.

Murakin se paró en seco y le miró descaradamente a los ojos.

—¿Usted cree...? — interrogó con ironía.

—Sí; estoy convencidísimo. Un verdadero genio. Y tengo la absoluta certeza de que no falta quien se deje embriagar por el encanto de su música.

—Así parece. — Y volviéndose la espalda desabridamente, terminó: — Buenas noches.

Hunsinger quedóse plantado en medio del salón sin saber que determinación tomar. La brusquedad con que se había despedido de él el marido de Katja le había desconcertado. Por un momento pensó en seguirle para darle una lección de cortesía; pero se contuvo al ver a Katja que aparecía por la puerta de la sala de conciertos. Dirigióse a ella rápidamente, y le preguntó con cariño:

—Hola, Katja. ¿Has visto a Peter?

—Sí.

—¿Y le has hablado?

—Ahora mismo.

—¿Está contento...?

—Acaba de echarme de su camerino.

—¿Cómo?

—Sí, profesor. Me ha pedido que me quedase con él para siempre. Que nada habría de faltarme porque ahora tiene dinero, mucho dinero, comodidades, mil rublos al mes...

—¿Qué hacemos?

—Yo no puedo decirle que ese dinero que recibe es mío.

—Desde luego.

—Y si se abandonase a mi marido, no podría ayudarme.

—Claro, claro...

Murskin las acercándose hacia donde estaban ellas. Katja lo divisó desde lejos y le rogó a Hunsinger:

—Ouidado, profesor. Mi esposa viene hacia acá. Puede oírnos.

No nos oye todavía. Por lo que respecta a Peter, está tranquila que yo le enteraré de todo.

—No! Usted no puede hacer eso. El no admitiría ni un centimo de mí y perdería la fe en el mismo. No tendría alientos para trabajar. ¡Sería horrible! Créame; no le diga nada.

—Pero no habría ningún camino, algún medio para... — replicó, consternado el profesor.

—Sí — interrumpió Katja, alejándose de él —. ¡No volveré a ver más! Adiós, profesor.

UN CRITICO INTRIGANTE

Teshalkowsky se había hecho el propósito de desterrar su vida pasada, olvidar su amor por Katja y refugiarse por completo en su arte. Por otra parte, su nueva manera de desenvolverse y su área de vida le invitaban a ello. Seguidamente editándose sus composiciones. Por mediación de Glykow, veía su continua solicitud para dar nuevas conciertos que constituían otros tantos éxitos. Todos los meses según percibiendo la pensión señalada por el editor y se sentía, por lo tanto, completamente satisfecho, pudiendo trabajar con entera libertad bajo la paternal tutela del viejo profesor Hunsinger, la amorosa compañía de la gentil Nastassja y el reconocimiento servicial de su fiel muchacho Sajan.

La bailarina se sentía completamente feliz de compartir

sus quineras de arte al lado del joven músico y compositor y le ayudaba y alentaba para conservar su dicha. Peter le escribió unas lindas composiciones musicales que ella interpretaba bailando primeramente en un establecimiento nocturno de la capital. El no había asistido nunca a dicho establecimiento; pero una noche, Nastassja, le rogó que fuera a verla.

Hallará caras conocidas, no crea — le avisó la bailarina.

—Es posible — contestó Peter —. Esta noche iré; pero no por las caras conocidas, sino por la...

—¡Oh, Peter! ¡Qué bueno eres! — dijo ella, saltando de gozo.

Aquella noche tenía lugar en un teatro un concierto en el cual una reputada orquesta ejecutaba varias de sus obras. Peter asistió; pero antes de terminar saltó de la sala, tomó su abrigo y se marchó andando al establecimiento nocturno donde actuaba su amiga.

Efectivamente como le había previsto Nastassja, dentro del local había caras conocidas. Una de ellas la del antipático Kruszykow, el envidioso crítico musical, que al verle hizo un movimiento de sorpresa y se acercó a Peter para saludarlo.

—¡Oh! ¡Usted por estos lugares, gran maestro! — exclamó hipocritamente.

—Sí. Me parece haberle visto esta noche en la sala de conciertos. ¿Se marchó antes de terminar?

—Sí; usted es el primero en salir de su propia música, es natural que la alta crítica imite su ejemplo.

—Puede hacerse también una mala crítica por no haber escuchado toda la música.

—¡Bah! — replicó el periodista, despectivamente.

En aquel momento la orquesta atacó un baile y Nastassja triunfó en la pista. Los dos hombres se sentaron alrededor de una mesa dispuestos a contemplar el trabajo de la bailarina. Esta les había visto al aparecer y sabiendo que la contemplaba Peter puso toda su inspiración y todo su arte en la ejecución de su danza. Cuando la crítica hubo terminado, opinó el crítico dirigiéndose a Peter:

—La pequeña es una gran bailarina, y la música es buena.

—Me alegró mucho, porque es mía — contestó secamente el compositor.

—Crea que lo siento. Pero lo es verdaderamente.

Peter quedó desconcertado ante aquella hiperbólica...

Le miró de hito en hito, pero el otro, con intención aviesa, desvió la conversación:

—¿Me permite que levante mi copa para brindar por la bella desconocida que desde hace algunos días, muy pocas, ya no lo es?

—¿Qué quiere usted decir?

—La bella máscara que súbitamente vimos desaparecer del baile en el Club.

—¿Qué pretende usted significar con estas palabras? — exclamó Peter en el calor de su indignación.

—Que sin antítax — prosiguió mordazmente Kruglykow — es infinitamente más bella, aunque casi siempre suele ocurrir lo contrario.

Technikowsky, rojo de ira, levantóse preguntándole de nuevo:

—¿Sabe usted algo más todavía...?

—Oh, sí ¡Claro! — repuso el crítico, dejando caer pausadamente las palabras—. Algo que pronto sabrá todo el mundo, menos el marido: el señor Murákin.

—¿Ha terminado ya?

—Representando musicalmente, sí; ha terminado la primera frase.

—Entonces voy a dar fin a su sinfonía con un golpe de tambor. — Y acompañando la acción a la palabra le estampó una sonora bofetada que repercutió en las paredes del establecimiento.

Se armó el consiguiente revuelo y acudieron varios concurrentes para que la cosa no pasara a mayores. Kruglykow, con ademán descompasado, se dirigió a Peter:

—Me ha abofeteado usted!

—Así parece — contestó el músico dignamente.

—¿Ya sabe lo que ha hecho?

—Desde luego.

—¿Tendrá que darme una satisfacción?

—Me compadecerá muchísimo. — Y sin aguardar más, Peter se retiró a la calle.

Pasado el incidente todo el mundo volvió a su sitio. El crítico se sentó de nuevo, cabizbajo y carmecontado. En esta posición lo halló Nastassja, que había salido del cuarto, ya vestida, en busca del músico. Al no hallarle, preguntó a Kruglykow:

—¿Dónde está Peter?

—Lo he asustado — contestóle el crítico fanfarronamente.

—¿Qué...? — repuso extrañada la bailarina.

—Que ha tenido mis pútes y se ha ido. Pero, no importa; lo mataré!

—¿Pero, por qué? ¿Qué ha pasado?

—Se ha permitido insultar a usted.

—¿A mí? — exclamó ella extrañada.

—Sí, ¡a usted! Ha puesto en duda su honor.

—¿Peter...? Esto no es posible. No puedo creerlo... — repitió ella.

—Pasado mañana habrá muerto! — dictaminó por fin el crítico, dando un manotazo a la mesa que hizo temblar todo el servido.

A la mañana siguiente le era anunciada a Murákin la visita de un señor que deseaba hablarle. Otorgado el permiso, hizo penetrar a Kruglykow a la estancia donde aquél se encontraba.

—¿Es el señor Michael Iwanowitch Murákin quien me otorga el honor...?

—El mismo, le ruego que se siente. Hable usted.

—¿Quisiera preguntarle si conoce usted a un tal Peter Tschalkowsky?

—Personamente, no.

—Nada de particular tiene que, dada su alta personalidad, no conozca usted a ese sujeto. Pero, precisamente por eso, vengo a decirle que tengo que batirme con Tschalkowsky.

—¿Y por qué me lo cuenta a mí?

—Porque no me considero lo bastante obligado para batirme con él. Eso debería hacerlo usted.

—¿Yo...? ¿Por qué?

—Porque no existe razón para que yo me bata por una mujer que pertenece a otro.

—¿Quién es ella?

—Su distinguida esposa.

—¿Concreta usted o mandará que lo echen!

—Tschalkowsky desapareció la noche del baile en el Club Aristocrático con Katja, Catalina Alexandrowna, y eso la han visto más días.

—¿Algo más?

—Nada más, señor. — Y viendo la impasibilidad de Murákin, añadió evasivamente de su asiento: — Si usted me lo permite, voy a retirarme.

—Puede usted hacerlo — asintió imperturbable el marido de Katja.

La dulce Nastassja no aguardó la mañana siguiente para entrevistarse con Peter y contarle lo sucedido. Terminada

su actuación de aquella noche, se dirigió apresuradamente al domicilio de su amigo. Este había regresado y le encontró corrigiendo unas partituras. Carifosamente le reprendió por haberse ausentado del local sin despedirse de ella. Después abordó la cuestión, intentando disuadirle del desafío concertado por él aquella noche:

—No puedes batirte con ese hombre, Peter!

—Déjame. Tú no comprendes estas cosas.

—¿Y a ti te mata?

—No tengas miedo. Kruglykow nunca ha dado en el blanco.

—Pero puedes perder un ojo, o tal vez una oreja... ¡Y todo por mi culpa!

—¿Por tu culpa...? ¿Por qué?

—Kruglykow ha creído que has manchado mi honra. ¡Eso es terrible! Y lo es más aún por iracarse de ti. ¡Verdad que es terrible!

—Mi pequeña Nastasja, ¿y aún has podido creerlo?

—No, Peter. Aunque hayas dicho algo malo de mí, estás perdonado y ya no necesito que batirte. Después de todo, ¿qué puedo importarle eso a ese mono? ¡Que se ocupe de sus asuntos y que no fastidie!

Peter sonrió ante su ingenuidad, y haciéndole una cariñosa contestó:

—En eso estabas pensando, ¿Qué puede importarle a Kruglykow?

Nastasja no quiso abandonar al músico aquella noche ni al día siguiente. Cuando por la tarde de este día estaba arreglándose en una habitación que Peter le había dispuesto, creyó percibir el murmullo de una conversación en el despacho del músico. Acercóse quedadamente al lindero de la puerta y se puso a escuchar.

—Mi nombre es Michael Iwanowitch Murakin — decía una de las voces.

—Puedo saber que desea? — preguntaba Peter.

—Usted lo sabe.

—No lo comprendo. ¿Quiere usted sentarse?

—¡Irakas! Mañana tiene usted un duelo con Kruglykow.

—Sí.

—¿Puedo saber lo que ha motivado ese duelo?

—No. ¿Qué le autoriza a hacer esa pregunta?

El hecho de que el señor Kruglykow haya estado a verme con el fin de traspasarle el encuentro.

—¿A usted...?

—Sí.

—¿Y por qué...?



Katja con su profesor, se dirigieron al castillo Murakin.



Ante la presencia del cuerpo inanimado de su amado, las lágrimas asomaron a los ojos...

—Soy yo el que interroga, no usted.

—No tengo la menor idea de lo que pueda haberle contado Kruglykow, pero va usted a saber la verdad: ha estado a una dama a quien yo admiro y respeto.

—¿Y quién es esa dama a quien tanto admira?

—Mi prometida.

—¡Ah! ¿Su nombre...?

—Nastassja Petrovna Jafoma.

Al escuchar su nombre, la bailarina irrumió al despacho como una trueno, lanzándose a los brazos de Peter radiante de felicidad.

—¡Peter! ¡Peter! Estaba segura. ¡Santo que me quieras! — y dirigiéndose a Murákin, exclamó: —¡No sentiré que se vá por mí!

—¡Ah! ¿Usted sabía...? — le preguntó el visitante.

—Me lo dijo el mismo Kruglykow. Es la esposa de Peter porque se ha enamorado de mí.

—Lo comprendo perfectamente — contestó Murákin algo más tranquilo.

—¿Está usted satisfecho? — objetó Peter.

—Sí. Permítame usted que le felicite... por este noviazgo tan inesperado. También mi mujer se alegrará. Por otra parte, supongo que no tendrá usted interés en demorar su boda.

—¿Significa esto una amenaza...? Parece usted preocupado.

—No por mí. Buenas tardes.

No bien se hubo alejado Murákin, Nastassja se echó al cuello del compositor, embriagada de besos. Luego le dijo amorosamente:

—¡Oh, Peter! ¡Amor mío! ¡Qué felices vamos a ser — y en una transición graciosa, añadió: —Ahora tengo que irme a casa. Cuando lo sepa mi padre, de la alegría se va a emborrachar.

A cabo de unas semanas celebró el matrimonio del compositor con la bailarina. Peter lo había decidido así para librar a Katja de los celos de su marido. Pero ya en la misma comida de bodas Tschakowsky se da cuenta de su equivocación ante la presencia de la insólita parentela, de una calidad que durante toda su incipiente vida siempre había aborrecido.

Cuando los recién casados se trasladaron a su domicilio, Peter ya había tomado su decisión. El editor le había propuesto unos contratos para celebrar conciertos en Berlín, Londres, París. Los aceptaría, partiendo inmediatamente.

A la mañana siguiente Nastassja se despertó y se encontró sola en la cama. Sobresaltada, llamó al marido:

— ¡Stepan, dónde está el señor?

— No sé. Creo que se ha ido.

— ¿Qué se ha marchado...? ¡Corramos a buscarlo! — y salió de la cama apresuradamente. Stepan la reconoció, escandalizado:

— ¡Pero, Nastassja Petrowna! ¿Qué hace usted...? ¡No puede salir así, en camisa!

— ¡Pronto, tráeme mis vestidos!

— Los vestidos están aún en las maletas.

— ¡Pues tráeme la maleta!

— No está aquí. La dejó olvidada en su casa.

— ¡Pero cómo es posible que hayas olvidado mi maleta...! ¡Mereces que te apaleen sin piedad, ¡Qué te diera de latigazos!

Y el buen marido, que ya estaba en el secreto de la fuga de su ama, contestóle a Nastassja, dibujando una sonrisa maliciosa:

— ¡Apálmame, conforme, pero a latigazos, ¡no!

LA MUJER EN EL PUPITRE DE DIRECTOR

Peter se desahogó sigilosamente de la cama; se vistió; dio un tierno beso a su mujercita, que seguía durmiendo tranquilamente dormida, y después de dar unas órdenes a su criado Stepan, salió de su domicilio para encaminarse al estudio de Hunsinger. Cuando entró en él, el profesor ya se había levantado y se encontraba en el piano repasando un concierto de Handel. Al ver a Peter a aquellas horas por su casa quedó sorprendido. Le preguntó por su mujer:

— Estará durmiendo — contestó Peter.

— Bien, ¿y tú...?

— Estoy cabecidísimo, maestro — y déjeme caer abatido sobre una silla.

— Lo comprendo, muchacho — arguyó sonriendo ladinosamente el profesor.

— No por lo que usted se figura... — replicó Peter con rapidez. Y acercándose su silla a la de Hunsinger pasó a relatarle su triste odisea.

El bondadoso profesor iba escuchándole comprensivo y

dolorido. Tchaikowsky le relató la entrevista tenida con el marido de Katja y su derivación hasta llegar al matrimonio con la bailarina. De cómo así creía escapar de un gran amor para precipitarse en el pequeño. De la inutilidad de sus esfuerzos para olvidar, y de cómo le era imposible permanecer un momento más en aquella ciudad donde tanto había luchado, sufrido y amado. Le enteró de la proposición del editor para dar unas conferencias en el extranjero y le pidió, por último, su opinión sobre lo que debía hacer.

— ¡Trabaja! — le aconsejó Hunsinger por toda contestación.

El editor Glykow no esperaba más que la conformidad del músico para la firma de los contratos. Pasaron a verle Peter y el profesor y entre los tres convinieron el programa de los conciertos. Tchaikowsky podía salir inmediatamente de Moscú. Antes de llegar a la frontera tendría arreglada la documentación para el viaje. Stepan se encargaría de llevarla a su amo y lo acompañaría durante la excursión, como así se hizo.

Nastassja volvió al establecimiento nocturno donde actuara antes de su malogrado matrimonio. Su aparición fue celebrada con vivas muestras de alegría por los contertulios al local, que no esperaban verla ya más por allí. Entre los tales se hallaba Kruglykow, que la saludó muy cariñosamente. A su invitación, ella se sentó a la mesa donde el crítico se hallaba con varios amigos. Uno de estos, La-kritai, le preguntó dónde estaba su marido, Nastassja, con un mohín de desprecio y aparentando una alegría que en el fondo de su corazón estaba muy lejos de sentir, le contestó:

— No lo sé, ni me importa saberlo. No quiero que me hablen de él. ¡Eh! ¡Venga champán! ¡Esta noche tengo ganas de beber mucho champán!

— ¡Champán para mí Nastassja! — ordenó Kruglykow al camarero. Y acercándose más a ella, le preguntó casi al oído: — ¿Pero es verdad que no te importa...?

— Lo he dejado.

— ¡Han oído ustedes...? — exclamó triunfalmente el crítico — ¡Lo ha plantado! Por fin has comprendido — añadió

dirigiéndose a ella— que si se ha casado contigo ha sido para que Murakin viva conrado.

—¿Cómo? —interrogó Nastasya, sorprendida.

—Tschakowsky le ha estado engañando miserablemente!

—Murakin...? —repitió ella sin comprender.

—¡Sí! Esto es el motivo por el cual tenía que bailar. ¡Bebe! ¡Bebe, preciosa!

—¡Basta ya...! ¡Quiero bailar, aturdíme! ¡Quién de vosotros se decide a bailar conmigo...?

—¡Yo, yo! —contestaron todos a la vez.

...

Mientras iban desarrollándose los sucesos anteriormente relatados, tenía lugar una gran reunión en el palacio de Murakin, en Moscú. La señora de la casa acaba de levantar la mesa y los invitados—entre los que se contaban la Princesa, la Duquesa y el Gran Duque—dan las gracias con avaricia a la estamburri rusa. Luego, la Princesa se acerca a Katja para pedirle que cante.

—Su esposo me ha dicho que usted tiene una preciosa voz. ¿Cantará nunca alguna cosa...?

—Princesa—contesta Katja, respetuosamente—, mi esposo no entiende nada de música.

—Querida mía: es usted muy bella y le está permitido cantar como una gallina—insiste la gran dama—. Venga, le dare un gran placer en oír y admirarla.

La Princesa se va a admirar de su desaparición. Katja se revancha del singular cumplido con una sonora carcajada, y en verdad está más bella que nunca estuvo. Murakin interviene cerca de su mujer:

—No te hagas rogar más. Canta una de las canciones de Tschakowsky, que tanto te gustan.

—Tschakowsky? —exclama el Gran Duque—. Creo que se va a casar muy pronto.

—¿Pronto? —contesta Murakin—. Se está casando ahora.

—¿Y quien es la elegida? —pregunta la Duquesa.

—Una bailarina monísima.

—Por lo que veo —replica Katja en un tono de repro-

cho—, Tschakowsky se ha puesto de moda. ¿Cómo si no hubiesen otros músicos!

—Las modas—sentencia Murakin— las imponen las mujeres.

—Eh, si de verdad les interesa el arte, voy a cantar. Pero no una canción de Tschakowsky.

—¿Es alegre? —pregunta el Gran Duque.

—En Rusia—responde Katja— todas las canciones están impregnadas de tristeza. Pero no tema Vuestra Alteza. Puedo reírme de ellas, si quiere.

Cuando se hubieron retirado los invitados, el palacio de Murakin se sumió en el silencio más absoluto. Al hallarse solos ambos esposos, Katja hizo ademán de marcharse a su cuarto. Murakin la llamó:

—Ovídate dame las buenas noches.

—Buenas noches.

—Me gustaría estar un momento a tu lado. Raras veces estoy a solas contigo. ¿Quitaras...?

—Vete, por favor: estoy cansada.

—Esta noche estabas magnífica. El Gran Duque me ha felicitado por tener una mujer como tú. Supongo que aún eres mi mujer.

—¡No me atormentes más!

—¿Estás nerviosa...? ¿Por qué?

—¡A tu lado me falta hasta la respiración!

...

Han transcurrido unos años, muy pocos, después de los sucesos anteriormente relatados. En la vida de sus personajes apenas hubo variación. No así en la de Peter, que debido a sus grandes éxitos en las mejores salas del extranjero, su nombre y su prestigio alcanzaron una fama inusitada. Las conciertos y las obras de Peter Iljitch Tschakowsky eran cotizadas al más alto valor en la gran bolsa espiritual del arte. Durante su excursión pudo dar a conocer sus óperas «Ifigenia en Aulide», «Vakula, el herrero» y «Opwischka», sus piezas sinfónicas «La tormenta», «Romero y Julietas» y «Francesca de Rimini» y sus innumerables cuartetos, conciertos de piano y sonatas. La suerte se

le había mostrado propia —¡por fin!— y los laureles coronaban la cabeza del músico rodeándolo de un nimbo de inmortalidad.

Ya rica y famosa, la nostalgia le hace regresar a su patria. Para ella guarda las primicias de la ejecución de su obra cumbre: la «Sinfonía Patética», que Peter se promete dar a conocer en el magnífico concierto del Gran Teatro de la capital eslava, que Glykow le tiene preparado.

Antes de llegar el tren a Moscú, Peter y su fiel mujer se enteran de la terrible epidemia de cólera que azota la ciudad. Tan terrible es que, unos momentos después de su llegada a la estación el criado se siente atacado por aquella dolencia. Su amo, consternado, se precipita sobre él para auxiliarle; pero ya el mal ha hecho una nueva víctima en la persona de Stepan.

El día siguiente es el señalado para el concierto en el Gran Teatro. El profesor Hunsinger acude al hotel donde se hospeda Peter para saludarle y le comunican que en aquel momento el maestro se halla en el ensayo. Va a retirarse, pero queda sorprendido ante la presencia de Katja en el hotel.

—¡Katja! ¿Estoy soñando...?

—No sueña, profesor. Soy yo.

—¿Vives aquí en el hotel?

—Sí.

—¿Y dónde está tu marido?

—En casa.

—Esto quiere decir...

—Sí. ¿Que lo he abandonado?

En aquel momento regresaba Peter del ensayo. Ante la presencia de Katja y el profesor quedó un momento perplejo. Después de unos saludos efusivos con Hunsinger y algo ceremoniosos con Katja, ésta retiróse hacia el interior del hotel. Peter interrogó al profesor:

—¿Qué hace aquí Katja? ¿Ha venido a ver a alguien?

—No; vive aquí.

—¿Vive aquí...? ¿Sola? ¿Está separada o divorciada?

—Si empiezas a ver claro, no te será difícil llegar a comprender que existen motivos para desear que os lleven a los dos a una perfecta compenetración.

Y Hunsinger le contó el secreto de la ayuda material que antes de partir recibía todas las mañanas de manos del editor de música. Peter no quiso escuchar más. Dirigiéndose apresuradamente en busca de ella y se arrojó a sus pies, besándole las manos emocionado.

—¡Perdóname, Katja!

Ella le ayudó amorosamente a levantarse y se abandonó en sus brazos, exclamando:

—¡Me siento feliz! ¡Completamente feliz! ¡Gracias, Dios mío...!

Tschalkowsky dirige su «Sinfonía Patética». Katja Petrovna está en una de las primeras filas. El músico se ha enterado de toda la verdad sobre el amor de ella y sabe ahora de dónde procedía el dinero que ayudó a conquistarle la gloria. Agradecido lanza su mirada hacia Katja. En medio de la cuarta parte de la partitura, Tschalkowsky se desvanece por unos momentos. El desvanecimiento se pasa. Pero, unos minutos más tarde, golpea con la batuta, y en medio de sus música sale precipitadamente y bamboleanándose hacia su guardatrópa. Se avisa con toda prisa a un médico. Y mientras en la sala resuenan los acordes de la orquesta, muere en la fría estancia Peter Ilyich Tschalkowsky, el compositor de la «Patética», víctima del cólera trágico. Cuando Katja llega ya ha ocurrido el triste suceso.

Ante la presencia del cadáver del amado, las lágrimas van asomando a los ojos de Katja Petrovna, desahogándose, crueles y amargas, por su hermoso rostro de Doloresa.

Hunsinger, el viejo profesor, le dice señalando a Tschalkowsky:

—¡Dios te lo quita y te lo devuelve inmortal!

Así terminó la vida de uno de los más grandes compositores de música del siglo XIX.

F I N

EDITADAS Y EN EXISTENCIA:

- 14. *Si en batallas*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
- 15. *El Cuchillo Caudal*, por Olive Tschannen y Karl Field.
- 17. *Según el Mariposa*, por Henri George y Viktoria von Bullaske.
- 18. *El poder invisible*, por Boris Karloff, Bela Lugosi y Francis Drake.
- 19. *El Manto*, por Gassav Fröhner y Walt Janssen.
- 20. *Exterminio*, por Buck Jones.
- 21. *Rosita Negra*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
- 22. *Según el Rey*, por Myrna Loy y Spencer Tracy.
- 23. *Caballería Negra*, por Marlon Brando y Felix Kampers.
- 24. *Imperio de la muerte*, por Sylvia Sidney y Herbert Marshall.
- 25. *Un mal paso*, por Ken Maynard.
- 27. *Crimen en la Noche*, por Rodolf Fersler.
- 28. *El Trío de la Fortuna*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
- 29. *La que apostó su amor*, por Rette Davis y George Brent.
- 30. *Catolinas*, por Franziska Gisel y Anna Holt.
- 31. *La Rosa de los Tintes*, por Nova Pilbeam y Leticia Arduiche.
- 32. *Escándalo escandinavo*, por Kent Taylor y Arthur Jürgens.
- 33. *Oriento contra Occidente*, por George Arliss y Lucie Mannheim.
- 34. *El Doctor Sócrates*, por Paul Muni y Ann Dvorak.
- 35. *Una Real*, por Willi Forst y Hall Pfenkeller.
- 36. *El Asunto Secreto*, por Robert Young y Madeleine Carroll.
- 37. *La Voz seductora*, por Maria Bakard y Paul Hartmann.
- 38. *La cueva al hogar*, por Zarah Leander.
- 39. *Una semana en la Luna*, por Anna Ondra y Hans Shonker.
- 40. *Concierto en la Corte*, por Maria Eggerth y Johannes Heesters.
- 41. *Agallas heroicas*, por James Cagney, Pat O'Brien y Joe Travis.
- 42. *Mares turbulentos*, por Jack Holt, Diana Gibson y Grace Bradley.
- 43. *Luchadores del Oeste*, por Bob Baker y J. Farrell Mac Donald.
- 44. *La Dama de Montecarlo*, por Franziska Gisel.
- 45. *La batallas ciegas*, por Lillian Harvey y Rolf Moebius.
- 46. *El Jefe del Rey*, por Alberto Maturoloch y Gisel Huber.
- 47. *Reinas de acero*, por Victor Mc. Laglen y Blaise Barnes.
- 48. *Reinas de acero*, por Hans Adalbert y Vera Rogers.
- 49. *Una prohibida*, por Noah Perry Jr. y Frances Robinson.
- 50. *Chorizo*, por Lillian Harvey y Paul Szal.
- 51. *Intervención una noche*, por Herbert Marshall y Jean Arthur.
- 52. *Contra amigos*, por Victor Mc. Laglen.
- 53. *Mares del Sur*, por John Wayne y Diana Gibson.
- 54. *Una por oto*, por Buck Jones.
- 55. *Amor en la ciudad*, por Boris Karloff y Jean Rogers.
- 56. *La primera escapada*, por Jackie Cooper y Joseph Calleia.
- 57. *Contrabando*, por Hans Albert y Litta Lang.
- 58. *Milionario a sueldo*, por George Murphy y Alice Faye.
- 59. *La Excentrica*, por May Robson.
- 60. *El poco indomable*, por Ken Maynard y Ruth Hall.
- 61. *Por mandato imperial*, por Hans Kratoch y Otto Gebühr.
- 62. *El Valle del Inferno*, por Buck Jones.
- 63. *Luz a Oriente*, por Pat O'Brien y Josephine Hutchinson.
- 64. *La Sirena del Fierro*, por Dolores del Río y Richard Dix.
- 65. *Donde de Hacer*, por Ken Maynard.
- 66. *La última Sinfonía*, por Sir Guy Stanning y Richard Cromwell.
- 67. *Receta de Amor*, por Kent Taylor y Vanda Korte.
- 68. *Las Perlas de la Corona*, por Sarah Gentry y Jacqueline Giesche.
- 69. *Travesía de la eternidad*, por John Wayne y Louise Latimer.

PUBLICACIONES CINEMA

CALLE BAILLEN, 154

BARCELONA



N.º 76